

IMPRIMIR

EL ASESINO

LUIS BERAMENDI

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright Luis Beramendi
© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

CAPITULO I

PRIMERA PARTE: EL ENCARGO

1

El avión parecía que había pasado sobre la cabeza del hombre apostado en el mirador del Aeropuerto Internacional de Carrasco, en su camino descendente hacia la pista de aterrizaje. No estaba ahí por nada en particular, simplemente le gustaba ir a mirar los aviones y ver a la gente esperando familiares o cualquier otro ser querido, con sus rostros llenos de ansiedad y esperanza de que la relación entre ellos no se hubiera desgastado por efectos del tiempo y la distancia. Observaba atentamente las reacciones de uno y otro lado, y, por lo general le complacía ver que, casi siempre, las cosas seguían en el lugar correcto, en el que debían estar.

El rojo atardecer se estaba transformando en una noche estrellada cuando decidió que ya era hora de volver a su casa. Dio media vuelta y se dirigió hacia las escaleras que lo llevarían de nuevo hacia el centro mismo del aeropuerto. Algunas mujeres que lo veían pasar se decían que valía la pena darle una segunda mirada al hombre y lo hacían, cuando él pasaba por ellas, giraban la cabeza y lo observaban un poco más antes de volver a sus pensamientos y problemas habituales. El hombre era atractivo, casi hermoso; de una altura normal, cercano al metro ochenta, cabello castaño claro no muy corto, el rasgo más distintivo de su persona era los ojos. Una escritora de novela romántica usaría un capítulo entero para describirlos. Eran de color azul profundo. En su juventud; ahora debía tener unos cuarenta y pico, casi cincuenta; cuando iba al liceo, las chicas le mandaban poemas concernientes a sus ojos. En cierto sentido los ojos habían sido una maldición para él, ya que en la línea de trabajo que él tenía, ser recor-

dado por alguna característica no era lo más indicado. Su profesión era de asesino a sueldo.

Salió del estacionamiento del aeropuerto en su auto, un Ford nuevo, no último modelo, pero reciente, de color verde oscuro. Con el dinero que él cobraba por sus trabajos, más que seguramente podría haberse dado el lujo de importar directamente un auto que mucha gente ni siquiera podía imaginar que existía. Pero, también precisamente por su ocupación, prefería la imagen de un hombre normal de negocios que le iba relativamente bien. En realidad nunca había necesitado de una fachada convincente, en este país no era tan raro que un tipo tuviera plata sin hacer, en apariencia, nada que justificara poseerla, pero ¿para qué tentar la suerte?

Hacía bastante tiempo que se había iniciado en el asunto, a veces, hasta él mismo se preguntaba cómo. La mayoría de los encargos difíciles, o los que daban más dinero, los realizaba en el exterior. Después de todo él era el mejor en esta parte del mundo y estaba entre los diez o quince de toda el orbe. El asunto del dinero era relativo, en un nivel como el que él se encontraba ya no se hacían cosas por vintenes, pero cada vez se le hacía más difícil aceptar un trabajo. Se estaría volviendo un poco vago, además ya tenía unos ahorros bastante cuantiosos en una cuenta en Suiza, no porque no fuera seguro depositarla en el propio país, sino porque le gustaba la idea de tener la plata ahí; además de varias otras formas de recibir ganancias, el hombre era buen negociante, conocía las personas adecuadas y las usaba. Él tenía una lista de máximas que nunca pasaba por alto; suponía que todos sus colegas las tendrían, pero como realmente no conocía a ninguno, no le importaba en demasía; la más importante era que no se cagaba donde se comía y era por eso que después de unos primeros trabajos que los había hecho aquí, accidentes en ruta y algunas otras minucias, nunca más había trabajado en el Uruguay. Por supuesto, él no sabía lo que estaban a punto de ofrecerle. Y si hubiera sabido lo que ése trabajo acarrearía tampoco lo habría aceptado. Pero nadie es adivino.

Luego de llegar a su casa un apartamento con dos dormitorios, cocina, un baño, y un espacioso living-comedor con vista a la calle;

cuando se animaba a mirar, vivía en un sexto piso y tenía vértigo; todo amueblado con una exquisita combinación de madera y cuero, muy cálido. No tenía una relación de pareja estable en este momento, sólo había tenido una y no funcionó por razones obvias; la muchacha, Eloísa, había descubierto su forma de vida y él tuvo que matarla, la envenenó y luego lloró cuando la enterró. Sacudió la cabeza como para borrarla de su pensamiento, siempre que pensaba en ella se sentía sólo y basura. Fue una lástima que ella no lo tomara demasiado bien y amenazara con denunciarlo, evidentemente no estaba muy enamorada de él, si ése hubiera sido el caso ella lo habría perdonado; lo que realmente había sido una suerte era que él no la amaba..., no mucho. Después de Eloísa sólo fueron mujeres de pocas noches y él no se abría nunca con ellas. Se dirigió a la heladera y sacó un poco de café que siempre tenía en una botella de vidrio, a pesar que estaba casi congelado, le gustaba ponerlo en un jarrito esmaltado y luego colocarlo sobre el fuego y, al volverse líquido, lo tomaba directamente del jarrito, sin azúcar.

Luego de concluido este proceso, se sentó en el cómodo sillón de cuero negro que tenía enfrente al aparato de televisión, encendió la tele con el control remoto y se recostó cómodamente a mirar las noticias.

Lo despertó el teléfono, estiró el brazo y lo tomó. Siempre tenía un aparato a mano, hasta en el baño.

- ¿Hola, quién es.?- Se restregó la cara y miró su reloj de pulsera, las once y cuarto.

- Tengo un trabajo que ofrecerle. – La voz era dura y seca, el hombre se hizo una imagen mental del sujeto mientras éste continuaba hablando.- Me lo recomendó especialmente un amigo mutuo en Colombia.

El trabajo que el sujeto se refería había sido una bomba en un parque de diversiones cerrado, pero en el cual había una reunión del cartel: todos muertos, lo cómico era que el que lo había contratado era el mismo jefe del cartel, quería salir del negocio e hizo pensar que todos los integrantes habían fallecido en ese atentado, la cosa fue que funcionó y ahora el tipo se está dando una vida de rey en una isla de la poli-

nesia. Pero había que asegurarse.- Si el amigo es mutuo, entonces le habrá dicho mi nombre para éstos casos.- Si no le decía el nombre clave iba a tener que buscarlo y matarlo.

- Bruno.

- Prosiga.

- Por teléfono, no. Mañana a las tres de la tarde en el mirador del aeropuerto. -Colgó.

Se desperezó y se fue a dar un baño antes de acostarse, por lo visto tendría que moverse un poco. Cuando se encaminaba hacia el baño sintió hambre y cambió su destino. Luego de comer y bañarse se acostó y durmió hasta bien entrada la mañana siguiente.

2

A las dos y media de la tarde ya estaba acodado sobre la baranda de protección del mirador, observando tranquilamente el movimiento de los aviones. No estaba preocupado por saber sobre qué sería el encargo, hacía demasiado tiempo que había dejado de preocuparse, ya sabía que fuera cual fuera el trabajo él lo haría. Si le pagaban bien, por supuesto. Para distraerse mientras llegaba la hora, se puso a aprender los movimientos del hombre con las banderas de colores en la pista, sabía que tenía un nombre pero no se acordaba, ¿sería banderillero?, sacudió la cabeza, no se acordaba. Era el que dirigía los aviones en las pistas para que los pilotos supieran hacia que lado dirigir la nariz de los mismos. Bajaba un brazo, con una bandera en cada mano, y subía el otro y el avión hacía esto , subía el otro brazo, o los dos juntos y el avión hacía aquello. Era interesante, pero a Bruno le hubiera gustado ser piloto. La verdad era que había tratado, pero si ni podía asomarse a la ventana de su casa, menos iba a poder volar a cinco mil metros o más; así que dejó sus sueños de lado y se dedicó a la línea de trabajo que tenía ahora. Pensaba que le había ido mejor así, de todos modos.

Miró la hora, tres menos cinco pasadas , el tipo del teléfono debía estar por llegar. Como si su pensamiento lo hubiera llamado, una mano se posó sobre su hombro. Se dio la vuelta para quedar enfrentado al otro. A pesar que tenía lentes, tuvo que poner la mano a modo de visera pues el sol estaba por atrás del hombre y no podía distinguirle los rasgos al tipo.

- ¿ No lo hice esperar mucho, no ?.- El tipo se movió para quedar al costado de Bruno. No bien lo vio, Bruno se dio cuenta que le había errado con la imagen mental que se había construido del sujeto. Para él, según la voz, tenía que haber sido un tipo delgado y alto, morocho y con bigotes. En cambio, delante de él tenía a un rubio lampiño, delgado sí, pero más bajo que él y con una sonrisita de nabo que enfermaba. A primera vista parecía un tipo normal, como cualquiera , eso hasta que le mirabas los ojos, de un negro azabache, pero no era el color sino lo

que veías en esos ojos. Bruno suponía que era lo que otros iguales a él, verían en sus propios ojos cuando lo miraban con el propósito de estudiarlo. No sabía qué era, pero supo enseguida que estaba delante de alguien muy peligroso.

- No, realmente no. Para ser precisos usted llegó tres minutos antes.- El otro se rió.

- Veo que lo que me dijo el sr. Valles – el colombiano- de usted es verdad. Puntual, analítico e infalible.- bajó la cabeza como si estuviera pensando. – Aunque lo de infalible está por verse.- tres segundos de silencio.- Bien...-miro alrededor para asegurarse que estaban solos y prosiguió,- ...el asunto es así. Para empezar me puede llamar Eduardo, no es mi nombre verdadero pero va a servir igual. En el baúl de su coche hay un sobre que yo le dejé. Léalo. Ahí hay un lugar para un encuentro esta noche y otras cosas. Esté allí.- Dicho esto giró sobre los talones y se fue.

Bruno se quedó otro rato ahí, pensando. “ Es obvio que me conocen muy bien, demasiado bien para mi gusto, sabía cual era el auto, sabía que yo vengo aquí”. Sea cual sea la dirección en el sobre ya había decidido ir, si no iba, nunca más sabría quién era que se había tomado la molestia de saber tanto de él. Miró una paloma posada en la dirección de uno de esos carritos para transportar el equipaje de los pasajeros de la aduana al avión y viceversa. No le gustaba que lo siguieran, se sentía acosado; y él acosado, podía ser bastante inestable. En el momento que la paloma voló, Bruno se dio vuelta y se fue.

Al llegar al estacionamiento del aeropuerto, miró para todos lados, a ver si alguien lo estaba cuidando. Una de las cosas a las que se había adaptado era que, con una mirada a su alrededor, él sabía si había alguien que lo estaba espionando. Miró de nuevo al guardia de seguridad que estaba en la puerta de acceso y éste desvió la mirada . Abrió el baúl y sacó el sobre, cuando cerró la tapa del mismo, se encontró con el guardia parado al lado de él.

- ¿Usted es el dueño de éste vehículo ?.- El tono era como si le estuviera hablando a un perro. Bruno se contuvo de mandar a pasear al gordo y calvo veterano que tenía enfrente.

- Sí, señor. - ¿por qué no podían decir auto, o coche,?- ¿Hay algún problema?.

- Papeles.- extendió la mano.

Bruno resopló y abrió la puerta del auto, se sentó en el asiento del conductor y se estiró para abrir la guantera a fin de sacar los documentos del auto y de él. Lo hizo y se los dio al gordo en las manos.- ¿ Puedo saber qué pasa?.

El guardia estudiaba los papeles y lo miraba a la cara, repetía una y otra vez este proceso, como para que se pusiera nervioso. Lo que estaba logrando era enojarlo. Al fin, habló.- Veo en los papeles, que dicho sea de paso están en regla, que el vehículo es suyo señor...-hojeó de nuevo el permiso de conducir.-... Cervantes.

- Es obvio, tomando en cuenta que estoy abriéndole el baúl a la vista de todo el mundo, incluido un guardia del lugar.

- Disculpe, voy a ignorar ese tonito, pero hace cuestión de media hora vino un tipo y abrió su baúl para dejar ese sobre. Como se imaginará, lo ignoré pensando que era el dueño del vehículo, y ahora lo veo a usted haciendo lo mismo. ¿Qué se supone que haga?.

Bruno le sacó los papeles de las manos de un tirón y cerró la puerta el auto.- Venir y preguntar normalmente sin prepotencia sería un buen comienzo.- Puso en marcha el motor y se fue, dejando al guardia parado.

Cuando iba por la ruta, entrando a Montevideo, la rabia ya se le había extinguido. “ Pobre viejo, lo único que quería era saber si no estaba robando el auto. Pero bueno, lo hecho, hecho está, lo importante de esto es que el tal Eduardo puso el sobre en el baúl y no se aseguró que nadie lo mirara. Acá hay dos opciones, o lo hizo a propósito, o no es tan bueno como a mí me pareció”. Pensaba en eso cuando llegó a su casa.

Subió por el ascensor y entró a su hogar. Tiró las llaves sobre una mesita que tenía al costado de la puerta de entrada y se puso cómodo. Se sacó el saco de vestir de gamuza que llevaba y quedó con la remera blanca que tenía abajo. Como ya era un reflejo en él, apenas llegaba prendió el televisor en el canal de noticias y se sentó en su sillón para

ver qué era lo que contenía el sobre. Lo estudió a trasluz para ver si no tenía ningún mecanismo escondido y luego lo olfateó para saber si no estaba pegado con goma explosiva o alguna otra cosa. Supo que no y procedió a abrirlo.

Dentro del sobre sólo había una hoja de ésas de block de dibujo y con unas pocas líneas. Un lugar y una hora. Estaba perplejo, el hombre que se hacía llamar Eduardo le había dicho “...una dirección y otras cosas más...”, y ahí estaba sólo eso. Se encogió de hombros y leyó :

VELODROMO MUNICIPAL. HORA 02:00.

Miró su reloj, las cinco y diez de la tarde . Iba a tener que madrugar. Se sentía raro. Siempre en las vísperas de algún encargo le cosquilleaba el vientre de nervios; supongo que es verdad todo eso que dicen las estrellas de rock en lo tocante a que los nervios que sienten antes de un concierto siempre están, aunque sea el número mil; en esta oportunidad, eso no le estaba pasando y lo tenía desconcertado. Sabía que no era que se hubiera acostumbrado, así que no tenía idea de lo que le estaba sucediendo. Decidió que lo mejor era esperar hasta la hora que le habían indicado y, según lo que fuera el trabajo , vería por qué era que sentía así. Se puso a mirar televisión, esta vez se decidió por el canal de dibujos animados; cartoons, como se les dice ahora; y se dispuso a divertirse un rato con Meteoro.

3

El Ford rodeó el Obelisco hacia las dos menos cinco de la madrugada, y se encaminó por la Avenida Ricaldoni rumbo al Velódromo municipal.

Bruno, como amante de los deportes, iba muy seguido a ése lugar a mirar un poco de ciclismo los domingos. Nunca le había parecido bien que la llegada de Las Rutas y La Vuelta se estuvieran realizando en la explanada municipal y no en el Velódromo, ¿Para qué lo habían construido?.

Pasó rápidamente por la puerta del emplazamiento y, unos centenares metros más adelante, luego de echar un rápido vistazo a los alrededores, dio media vuelta y se dirigió, ahora sí a una marcha mucho más lenta hacia el punto de encuentro.

Se detuvo en frente, estacionando detrás de una camioneta que allí se encontraba, él ya sabía de quién era la misma, y se apresuró a dar otra ojeada en la vuelta. Pudo distinguir un auto, después que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad pudo ver que era un Célica, escondido entre unos árboles al costado de la calle que iba a la pista de atletismo del Parque De Los Aliados. Por lo visto el tal Eduardo había traído compañía, se encaminó a la puerta cruzando la calle lentamente y sin apuro. La noche estaba clara, la luna ocupaba su lugar en el medio del firmamento, e iluminaba toda la ciudad . Si el propósito de la cita a ésta hora era que él no viera algunas caras, se las iban a tener que tapar con caretas.

Al fin cruzó las puertas de entrada y se detuvo en el costado de una de las tribunas, miró para ambos lados. En la tribuna que se erguía a su flanco izquierdo vio el resplandor de un cigarrillo volando en la oscuridad , en la sexta fila, al medio de la misma . Subió los escalones a paso firme y se acercó al hombre del cigarro. En ese momento estaba encendiendo otro, y Bruno pudo distinguir, durante un fugaz momento, claramente las facciones del hombre que se le había apersonado en el mirador. El otro lo miró.

- Muy puntual, estimado socio.- lo dijo sin sorna ni con mala intención. Bruno lo entendió así y lo dejó pasar.

- Para ser sincero, estaba bastante curioso.- Eduardo asintió con un par de cabezazos, observó a Bruno mientras éste se acomodaba a su lado.- Bien, aquí me tiene. ¿Cuál es el trabajo que me tiene pensado?.

- Primero tengo unas cosas que explicarle, le ruego que no me interrumpa con preguntas hasta el final. ¿De acuerdo?.

- De acuerdo. Antes de que empiece a hablar. ¿De quién es el Toyota Cérica que está afuera?.

Eduardo ni parpadeó.- Es de mi jefe, en este momento lo están usando cinco hombres que están aquí, armados y preparados para dispararle a mi señal.

- ¿ Piensa que me voy a hacer merecedor de un disparo?.

Se encogió de hombros. - El prevenido...-a decir verdad, estaba bastante sorprendido por la tranquilidad con que Bruno le respondió. Este iba a ser un tipo complicado. Prosiguió. – Como sea. Lo que iba a explicarle es lo siguiente. Obviamente, ya sabe que se trata de un asesinato.- Bruno asintió.- Bien, la cosa viene así. Mi jefe es alguien muy importante, demasiado para que usted sepa quién es. Sin embargo está dispuesto a pagarle cuatro y medio millones de dólares por el encargo. - El otro esperó una reacción de Bruno ante la suma mencionada, pero siguió hablando ante la imposibilidad de su interlocutor. – El dinero usted lo va a recibir de la siguiente manera, siempre y cuando acepte el trabajo, un millón después de pasar una prueba , un millón más cuando usted se encuentre cien por ciento seguro de que ya tiene todo pronto para el golpe final, y el resto, dos y medio millones más, cuando el asunto esté finiquitado. La forma de que usted quiera que ese dinero sea derivado a su cuenta en Suiza o en algunas de sus acciones, debe decírnoslo usted mismo. Después de que le hayamos pagado nunca más volverá a saber de mí, o sea que lo usaremos a ud. por única vez. ¿Me entiende?.- Bruno asintió.- Paso a decirle lo que queremos de usted. Primero que nada, la prueba. Ésta consiste en “ensuciar” a algún personaje importante, preferentemente alguien que venga del exterior. Lo importante es que el visitante disponga de tanta seguridad que usted

ni se pueda acercar a él. Eso es imprescindible. Después de que logre ése primer paso, se le abonará lo acordado y luego se le dirá el blanco principal. Todo lo que usted precise me lo pedirá a mí. Yo lo llamaré todos los días para ver si ya decidió su objetivo primario y por cualquier cosa que ud. me pida se le conseguirá.

Bruno estaba excitado, era muchísimo dinero. Esta gente hasta había pensado en cómo hacer para que él pudiera recibir toda esa plata sin que ese súbito ingreso de capital motivara las sospechas de alguien. Aún así sentía que no debía aceptar, todavía.- Antes de contestarle si acepto o no debo advertirle que no hago trabajos en éste país. Además ¿un millón de dólares por ensuciar a alguien?, vamos, me suena a estafa, ¿qué puede valer tanto?.

Eduardo encendió otro cigarrillo, lentamente aspiró el mismo, tragó el humo, lo disfrutó y luego lo expulsó a modo de aros en el aire.- Es natural que esté receloso, pero puede estar tranquilo que la cosa es como yo le digo. En cuanto a que usted no trabaja en el país, lo sabemos, pero creímos que por esa cantidad estaría dispuesto a una pequeña transgresión a sus reglas. Sobre todo, mi empleador lo quería a usted por sus antecedentes y, principalmente, por su calidad de ciudadano residente en su propio país.

- ¿Y eso que tiene que ver?.

- Nada, pero quería al mejor y yo se lo conseguí.

- No me parece que tenga mucho sentido.

Eduardo se rió y lo palmeó en el hombro.- ¡¡Claro que no!!!, eso es lo gracioso.- Se puso serio.- ¿Acepta?.

Bruno se miró la punta de los zapatos.- Supongo que si la cosa es como usted dice...¿por qué no me llama mañana, así le doy una respuesta concreta?.

El otro consintió - Muy bien, pero lo llamo hoy, no se olvide que recién son las tres.- Bruno asintió.- ¿Le parece a eso de las cinco de la tarde?.

- Bárbaro.- Se paró y le dio la mano a Eduardo.- Hasta esa hora, entonces.

- Así será.

Se dio media vuelta y se alejó rumbo a la calle. Cuando se iba acercando a su Ford , hizo como que abría la tapa del motor para ver alguna falla . Se estiró para poner la mano sobre la tapa del mismo mientras que con la otra mano sacaba un minúsculo aparatito. Se agachó para fijarse en la parte de debajo de su auto y puso el artefacto en la parte de adentro de el parachoques de la camioneta negra detrás de la cual se había estacionado. Cerró el capot del coche y se metió en él, encendió el motor y se puso en movimiento. Se sacó del bolsillo de la camisa un pequeño grabador y lo apagó. Lo rebobinó un poco y se aseguró que toda su conversación con el tal Eduardo quedara bien grabada. Así fue. Ahora lo que tenía que hacer cuando llegara a su casa era encender el dispositivo de rastreo y ver hacia dónde era que la camioneta y su chofer se dirigirían. El rastreador que había colocado en el vehículo le facilitaría esos datos. Sacudió la cabeza, evidentemente lo del aeropuerto no había sido a propósito, ésta gente era muy inexperta. No se preocuparon ni siquiera de chequearlo para ver si venía armado. Había dejado el arma en el auto inútilmente. Tenía que averiguar quien era el que le iba a pagar todo ese dinero, y por qué ponía gente tan fuera de foco en el tema para tratar con él.

4

Cuando llegó a su casa, luego de preparar un café, Bruno fue hasta su dormitorio. Abrió el placard empotrado que había sobre el lado derecho del mismo, en la pared del frente de la ventana, apartó la ropa que estaba colgada en perchas prolijamente dispuestas y en la pared había una suerte de puerta blindada, a modo de una caja fuerte, del tamaño de un botiquín de cuarto de baño. Manipuló la rueda de combinaciones y abrió la puerta, retiró hacia un costado unos fajos de billetes que él siempre tenía a mano por cualquier eventualidad, y sacó un pequeño bolso de cuero, parecido en el que se suelen llevar documentos y otras pertenencias, y cerró la caja. Ya en el estar se dirigió a una mesa con una computadora que poseía desde hace un par de años, antes usaba sólo libretas que luego de terminar prendía fuego, pero al final los noventa llegaron a su vida en la forma de un P.C. Increíblemente no era muy aficionado a la informática, era un muy buen operador y programador, pero eso porque ahora precisabas saber computación hasta para disparar un arma. Se arrellanó en una cómoda silla de cuero que tenía frente a la máquina y abrió el bolsito de cuero que había sacado del placard. Sacó de él una especie de radio de bolsillo y le sacó la tapa, dejando al descubierto un intrincado puzzle de transistores y chips. Lo encendió, poniendo el botón del costado en ON, e inmediatamente todo el ingenio empezó a iluminarse y titilar. Acto seguido sacó un cable con dos fichas conectoras en cada extremo e incrustó una en el orificio para auriculares de la radio y la otra en la parte de atrás de la máquina. Encendió la computadora y pulsó la combinación de teclas correspondientes, le dio enter y acto seguido la pantalla del P.C. le presentó la imagen de un mapa de la ciudad de Montevideo; sonrió, el programa éste de seguimiento le había costado bastante, pero las dos veces que lo había usado se sintió sorprendido por la eficacia del mismo; localizó un puntito de color verde y pulso sobre él con el mouse, al momento la imagen del mapa de la ciudad pasó a otra más pequeña, con el puntito verde en movimiento. Dejó que el protector de pantalla

cayera sobre la pantalla y se fue a dormir unas horas, el programa grabaría todos los movimientos de la camioneta y luego le diría dónde se había detenido y por qué calles había andado.

Se acostó en la cama, pensando en qué respondería a la propuesta de trabajo que le habían formulado. Sin lugar a dudas era mucho dinero, el asunto vendría por el lado de quién sería el blanco principal. Bruno dejó que el sueño lo venciera y cayó en un sueño profundo y sin sobresaltos. Al despertarse indudablemente sabría qué hacer.

Al otro día, un rato antes de mediodía, Bruno se despabiló en la cama y se levantó. Se acercó a la ventana y levantó la persiana, el sol le quemó los ojos, por lo visto el día estaba siendo perfecto. Luego de bañarse, salió a comprar comida, la calle ya tenía el movimiento de gente habitual al horario de la comida. Después de conseguir un bife de lomo con fritas en un bar de las cercanías, al pasar por un kiosco de revistas, decidió comprar un diario para ver el asunto del “visitante”. Si su instinto no le fallaba alguien de campanillas estaba por venir al país, si no, la primera parte del encargo no tenía sentido. No tuvo que averiguar mucho, en primera plana se destacaba que se había confirmado la llegada al país de el Vicepresidente de Estados Unidos para la primera parte del mes de diciembre. Considerando que estaban a fines de octubre, el tiempo del cual disponía era bastante para preparar un plan aceptable con el fin de ensuciar al Sr.; no precisó levantar el diario para leer el nombre, lo había visto centenares de veces en el canal internacional de noticias; Russell Hayns. Ya había decidido aceptar el trabajo, era mucho dinero y relativamente poco peligro, por lo menos hasta que se supiera quién era el objetivo verdadero. Llegó a su casa y se dispuso a almorzar cuando el teléfono sonó. Atendió el contestador automático.

El mensaje de éste era sencillo.- Hola, después del bip deje su mensaje y teléfono que yo me comunicaré.

Sonó el bip, y se oyó una voz dulce y suave de mujer. – Hola, te quedé esperando anoche en casa. - Bárbara, una amiga íntima. Morocha de ojos verdes y muy buenas formas. Iba a tener que romper con ella, no se podía permitir relaciones mientras estaba preparando un

trabajo. - Espero tu llamado para poder conversar un poco. Un besito, chau, te quiero.

Terminó de comer y fue hasta la computadora para ver que era lo había hecho su amigo Eduardo después de su conversación de hoy. Sacó el protector de pantalla y en la misma aparecieron una gráfica con horas y direcciones. Bruno se sorprendió de saber que en éstos momentos la camioneta estaba en el estacionamiento del Edificio Libertad, la sede del gobierno uruguayo. Recorrió las horas que estaban en la gráfica, sólo había tres marcas. A las tres y treinta, estaba en el Barrio de Pocitos, a las cuatro y dieciocho, en el parking de Colonia y Germán Barbato, y la última, a las nueve y tres, en el estacionamiento donde ahora se encontraba. Ahora el asunto se enredaba bastante, ¿quién era este Eduardo?, tenía que saber que dirección era la que se detuvo en Pocitos, e iba a conversar con el sereno del parking privado, ¿y qué hacía en el Edificio Libertad?. Sacudió la cabeza, muchas preguntas para averiguar respuestas, no era tan fácil como había previsto. Pero de cualquier forma, cuando lo llamaran, tenía que aceptar para averiguar más sobre el asunto, sin olvidar los millones de dólares, por supuesto. Él tenía mucho dinero, pero una inyección de cuatro y medio millones de dólares no le venía mal a nadie y menos a él, lo que pasaba era que había resultado un tipo ambicioso.

A eso de las dos y media de la tarde Eduardo llamó.

- ¿Y, decidió si va a aceptar o no?.

- Sí, acepto.

- Ah, bueno. - La voz estaba plena de satisfacción.- Me parece excelente. ¿Ya decidió quién va a ser el blanco primario?.

- Así es, va a ser el V.P. de Estados Unidos Russell Hayns. ¿No me va a decir que no se lo imaginaba?.

- Para serle sincero, era el nombre que esperábamos que esperábamos que nos diera. ¿Ya tiene pensado lo que va a precisar?.

- No, todavía no tengo idea de qué voy a hacer, pero no se preocupe, algo se me va a ocurrir.

- Eso lo sabemos, si por algo lo contratamos es por su capacidad de inventiva y la simplicidad con que lleva a cabo sus planes.

- Por lo pronto, lo primero que necesito es saber el itinerario del Sr. Hayns en el país. Me doy cuenta que va a ser difícil de conseguir p...

- No se preocupe por eso . Si yo le dije que lo que me pidiera se lo conseguiría delo por hecho.

Una buena oportunidad de probar algo.- ¡Já!, por su manera de hablar parece un político.- A ver si no es uno.

Eduardo rió a su vez.- Sí, parezco ¿no?, bien ,volviendo al tema, para mañana, o quizás pasado, le tengo el itinerario del hombre.

-¿Cómo lo va a conseguir con casi dos meses de anticipación?.

- Usted no se preocupe por cómo, lo importante es que le va a ser facilitado.

- No quise saber cómo, simplemente le preguntaba porque si usted me lo da ahora, ¿cómo sé que dentro de un mes y medio, dos días antes de su llegada por ejemplo, no cambia todo y el tipo no va a estar en el lugar que yo preparé para el atentado?. No me puedo permitir perder el tiempo planeando algo que no voy a poder llevar a cabo.

- Lo entiendo, pero le repito no tiene por qué preocuparse, estése tranquilo que el itinerario que va a recibir va a ser el definitivo.

- Así lo espero. Bien, adiós. – Sintió el clic del otro lado de la línea y colgó el tubo del teléfono en su lugar. Quedó perplejo, cuando le nombró lo que podía ser su vinculación con el mundo de la política, Eduardo no reaccionó de manera ostensible , mas bien no hubo reacción ninguna , y siguió hablando normalmente. ¿Quién era este sujeto?. O sabía disimular muy bien o no tenía relación ninguna con el Edificio Libertad. Sabía que el hombre no era profesional; sus antecedentes inmediatos así lo demostraban; sin embargo, cabía la posibilidad de que lo hubieran elegido por su frialdad y no por su capacidad de moverse en la calle, en terreno descubierto. “Pero si lo eligieron por su frialdad - reflexionó Bruno.- deberían haberle puesto alguien que lo apoyara, que lo enseñara a moverse en mi ámbito”. Como sea, eso lo iba a averiguar tarde o temprano, ahora tenía que esperar que consiguieran los movimientos del vicepresidente americano antes de hacer su próxima movida.

5

El día jueves, recibió un sobre que contenía el itinerario del visitante; lo extrañaba eso de que lo que precisara se lo pidiera a ellos, quienes quiera que sean, evidentemente no querían que él usara sus proveedores de siempre. Otra duda más, e iban..., pero, después de todo era menos dinero que tenía que gastar en preparativos. Y más para él. El sobre que había recibido no tenía, cosa que era previsible, nada de sellos o señas particulares. Lo abrió y procedió a estudiar el largo y satinado papel que tenía en sus manos.

Montevideo, Miércoles Veinte y Ocho de Octubre:

A continuación paso a detallar el ya confirmado itinerario a realizar por el VicePresidente de los Estados Unidos de Norte América, Sr. Russell Hayns en su visita a ésta ciudad en el día doce (12) del corriente.

A saber :

Hora 10.30 – Arribo al Aeropuerto Internacional de Carrasco. Discursos breves en la pista. Junto al Presidente de la República O. Del Uruguay, Dr. Rogelio Espinoza.

Revista de armas a la división presente.

(a designar).

Hora 11.40 – Llegada a la Embajada de U.S.A. Acto seguido, entrevista con el embajador.

Hora 13.00 – Almuerzo con el Dr. Espinoza.

Hora 15.00 – Depósito de ofrenda floral a los pies del monumento a Don José Gervasio Artigas.

Hora 16.20 – Discurso en la cámara de Senadores.

Hora 18.00 – Reunión con los poderes locales (min. Ec. RR.EE., etc.) en el Edificio Libertad.

Hora 21.00 – Recepción en la Embajada Americana.

Plan para el día doce de diciembre, el V.P. partirá del país al día siguiente a las 0900 hrs . Todos éstos horarios tienen un margen de más-menos quince minutos.

* * *

El sistema de seguridad previsto para ésta ocasión será el usual con la excepción de :

- a)-guardaespaldas y seguridad propias del visitante.*
- b)-inspección primaria de todo los lugares del programa con una semana de antelación, y, desde ése día diariamente.*
- c)-tecnología importada especialmente.*

Sin más Atte.

Gral. ® Carlos Mori.

Director General De Seguridad.

Bueno, iba a tener que recorrer los lugares para ver cual le servía mejor a sus propósitos. Mientras pensaba en esto, otra idea iba surgiendo en su cabeza. ¿Matar dos pájaros de un tiro?. O mejor aún, cobrar el millón inicial sin haber hecho nada por ganarlo. El asunto estaba cobrando perspectivas interesantes después de todo.

6

Al otro día, de tarde, Eduardo llamó para ver si todo estaba en orden, y si precisaba algo más. Mejor que hubiera llamado, tenía algunas cosas que decirle.

- ¿Quién es?.

- Eduardo, ¿esperaba otra llamada?.

- Le diré que usted no es la única persona que conozco. Así y todo me alegra su llamado.

- Usted dirá.

- Estaba pensando en cuanto al visitante. ¿Qué le parecería a su patrón que cambiara el blanco y ensuciara al Presidente Espinoza?.- A ver si su razonamiento era el correcto.

Como de costumbre Eduardo no reaccionó de manera evidente.- No veo porqué, ya que había elegido al Sr. Hayns. ¿Puedo preguntar el por qué de éste cambio tan repentino?.

- Puede.

- ¿Y bien?.

- Puede preguntar, pero yo no pienso responderle . Recuerde que usted me dijo que yo podía elegir y es eso lo que estoy haciendo en éste momento.- se estaba divirtiendo.- ¿de acuerdo?.

- No, no estoy de acuerdo. Usted ya había elegido y se atenderá al plan que tenía.

- Supongo,- la estocada final. - que el verdadero objetivo no será el Dr. Espinoza, ¿no?.

Cosa extraña, Eduardo se mantuvo en silencio, seguro que estaba en lo cierto. Por fin habló. -¿Va a estar en su casa.?

- Por media hora más, sí.

- Lo voy a volver a llamar.- Cortó la comunicación. Bruno hizo lo propio. “Al final tenía razón, quieren que mate al propio presidente. Más vale que averigüe dónde fue que Eduardo entró cuando estacionó en Pocitos la noche del primer contacto”. Se dirigió a la computadora, y verificó al dispositivo de rastreo. Se había vuelto a detener allí todos

los días, a la mañana y de noche, incluso dos veces de tarde. Tendría que conducir hasta la zona y ver si algún personaje vinculado al mundo de la política vivía por allí. Esperó hasta que el teléfono sonara de nuevo, pero éste se mantuvo en silencio durante los siguientes cuarenta y cinco minutos. “Parece que el jefe de Eduardo no se decide sobre qué va a hacer conmigo. Mejor voy hasta Pocitos y después vemos.”

Cuando Bruno se dirigía su cuarto a buscar las llaves de su auto, sintió que el ascensor se detenía en su piso; cada piso tenía dos apartamentos, y el del frente estaba vacío, sus vecinos se habían ido de viaje a Europa por un mes, y de esto sólo hacía seis días; “Me parece que se enojaron”. En seguida de éste pensamiento, la puerta de su casa se abrió intempestivamente al ser volada la cerradura de un disparo, y tres hombres vestidos de trajes irrumpieron en la sala. Más que pensar en qué hacer Bruno se dejó guiar por su instinto, a pesar de ser un asesino profesional, pocas veces había estado en un mano a mano, cuando sintió la detonación, ya había saltado hacia su placard y escondido dentro. Sintió las voces:

- ¡Vamos, búsquenlo por todos lados. Tenemos menos de tres minutos.! - No conocía la voz, oyó cómo le estaban destrozando la casa y se acercaban a su dormitorio. Ojeó por un resquicio de la puerta entreabierta y vio que uno de los sujetos entraba a su cuarto con una escopeta en la mano. Su mente cambió, de repente todo parecía desarrollarse en cámara lenta, cuando el tipo de traje gris empuñó el pestillo del placard, Bruno le pareció que tenía horas enteras para decidir qué hacer. Llevado por el apuro el invasor abrió la puerta del ropero de un tirón, por consiguiente, cuando vio a Bruno fue un segundo después de sentir crujir los huesos de su cuello cuando éste le rompió la tráquea de un certero golpe con el dorso de su mano. El asesinato fue silencioso y rápido, antes de caer al suelo, el sujeto estaba muerto. Bruno le sacó la escopeta, corrió hacia la puerta de su cuarto y se ocultó tras ella. Un segundo sujeto hizo su aparición una fracción de segundo después, y entró hasta la mitad del cuarto antes de ver a su compañero tendido en el suelo. Sorprendido por la situación, demoró un segundo en darse vuelta para mirar atrás de la puerta, y eso fue sufi-

ciente para Bruno. Cuando vio que el hombre estaba atontado por el espectáculo que tenía enfrente y oyó al otro sujeto revisar el cuarto de baño, se movió con una velocidad asombrosa, y, antes de que el tipo se diera vuelta totalmente, Bruno le pegó con la culata de la escopeta en plena boca. La sangre voló en todas direcciones, con dientes incluidos, y el otro cayó desmayado sobre la cama con los labios partidos en casi todo el contorno de la boca y con sangre manándole de la misma en regulares intervalos, mientras la mandíbula, ya quebrada, se negaba a sostener la boca en su lugar. Pero Bruno no prestó atención a ninguno de éstos detalles, giró sobre sí mismo para enfrentar al último sujeto, que venía corriendo en su dirección. Se veía que su entrenamiento era escaso, se olvidó que en su mano derecha había una pistola cargada y amortillada y, sin embargo, venía corriendo como loco para tirarse sobre Bruno. Cuando quiso trasponer la puerta ya su arma había volado por los aires, producto de una patada que Bruno le propinó a la mano del sujeto, e impulsado por su loca carrera lo único que consiguió fue que Bruno diera un pequeño paso al costado, dejando el pie derecho en el lugar, para que se encontrara de bruces sobre su compañero en la cama con la cara y la boca, llenas de la sangre del otro. Bruno saltó sobre él, tomándole la muñeca por la espalda, aferrándola por arriba de la camisa celeste que se veía asomar por la manga del saco para que el sudor del otro no le hiciera resbalar su mano, mientras con la mano libre le refregaba la cabeza en la sangre que había sobre la cama. “Es impresionante, -pensaba Bruno, asqueado. -La cantidad de sangre que le salía al tipo por la boca. Parecía que hubiera abierto una canilla”. El pobre sujeto se debatía sin éxito bajo Bruno para poder sacar la cara de la sangre que estaba tragando en ése momento. De repente, Bruno le levantó un poco la cabeza y pudo respirar aire fresco mientras hacía arcadas por toda la sangre de su compañero que había tomado. Bruno se acercó a la oreja derecha del hombre y le dijo.- Serías un buen vampiro, ¿eh?. -Y le hundió nuevamente la cabeza en el creciente charco de sangre, ya que el colchón no podía absorber más. El otro trató de soltarse, pero ya no tenía fuerzas, sentía el antebrazo de hielo por la presión que estaba aguantando su brazo bajo la llave que Bruno le es-

taba aplicando, eso sin mencionar que se estaba ahogando. Pataleó inútilmente. Por fin, Bruno nuevamente le levantó la cabeza.- No te voy a preguntar quien te manda, porque ya lo sé, pero me podés decir en qué trabajás.

- Andate a la puta madre que te p...- Otra vez tragando sangre.

- No creo que sea buena idea relajarme. Si no me vas a hablar te mato y punto. - le levantó la cabeza de nuevo.- ¿Síiii?.

- Matáme, no te voy a decir nada.

Bruno sacudía la cabeza con fingido desánimo.- ¿No?. Una lástima. - Y le quebró el cuello.

Su atención se concentró en el boca-rotta. Fue hacia él, la sangre que había perdido era demasiada como para esperar nada del pobre tipo; había formado una aureola roja, ya con tintes negros, alrededor de la cabeza. De igual modo, Bruno lo sacudió un poco a ver si se despertaba, pero no había caso. Se levantó de la cama, tenía todos los pantalones sucios de sangre. Iba a averiguar todo lo que pudiera e iba a matar al hijo de puta de Eduardo, y a su jefe más, quienquiera que sea. De improviso sintió un grito a sus espaldas, boca-rotta venía rumbo a él. Se quedó en el lugar; boca-rotta estaba muy mareado, o quería suicidarse; de otra forma no se explica que haya errado su blanco por casi un metro y le embocara justo a la ventana del dormitorio. Su cuerpo reventó contra la calle y los vidrios cayeron sobre él unos segundos después. La gente se reunió formando un círculo de curiosos alrededor del infortunado sujeto.

De nuevo en el sexto piso, Bruno registraba los bolsillos de sus enemigos y descubrió que no llevaban ni siquiera la billetera con ellos. O eran precavidos, o el que los mandó sabía que iban a perder. Sonó el teléfono.

- Vaya, vaya...-Eduardo.- lo felicito.

- Hijo de puta , te voy a matar.

- No se enoje, ya que descubrió cuál era nuestro objetivo principal, tenía que ganarse el primer millón de algún modo. Y ya lo hizo.

- ¿Qué? -La cabeza de Bruno era una luz en ese momento. Los tipos éstos aún querían que hiciera el trabajo.

- Así es . En éstos precisos momentos un millón de dólares está ingresando en su cuenta en Suiza. ¿Por qué mejor no nos vemos?.

- ¿Dónde?.- Siempre había sido un tipo ambicioso.

- Hoy, a las once y media en el lugar de siempre.

- Bueno, pero no sé si podré hoy. No se olvide que tengo que llamar a la policía y explicar todo esto.

- Entonces lo llamo mañana y combinamos.

- Bueno. - Esta vez Bruno colgó primero. Pensó un poco. Primero llamaría a la policía, luego analizaría lo otro. Tenía que inventar una buena historia. Si hubiera sabido que éstos tipos son de pocas pulgas, habría ensuciado al Hayns ése y se hubiera ahorrado todo el trabajo de tratar con la policía e inventar una historia plausible.

7

El departamento estaba lleno de actividad. Los policías llegaron diez minutos después que hizo la llamada. En primer lugar vinieron los dos patrulleros de reconocimiento acostumbrados. Llegaron con aire suficiente, como dispuestos a seguirle la corriente al pobre loco que llamó diciendo que había matado a tres hombres que se disponían a robarlo, ni siquiera se fijaron en el cuerpo que yacía en la vereda, apenas miraron la ambulancia. Entraron por lo que quedaba de la puerta, ya cambiando un poco la actitud, y los recibió un tembloroso Bruno, con lágrimas surcándole ambas mejillas. En seguida que los oficiales vieron la escena del dormitorio uno, Duarte, llamó a la seccional para pedir equipos de expertos en todo y el otro, Yacho vomitaba su almuerzo en el baño. El inspector que evidentemente había quedado a cargo del asunto era un tal Esteban Casanueva, un hombre de unos cincuenta años, un poco mayor que Bruno, con el vientre bastante prominente y con un cigarro apagado en la boca, tenía un sombrero de fieltro de los que usaban los gángsters de Chicago que cubría su rala cabellera de un color ceniza apagado. Sonreía casi todo el tiempo, mientras lo hacía mostraba unos dientes extrañamente perfectos.

Bruno se encontraba sentado en un sofá con una taza de café en las manos, absorto en la contemplación de lo que una vez había sido un bonito apartamento. Nada de lo que había cuando él fue a su dormitorio a buscar las llaves del auto continuaba en su lugar, la computadora yacía en pedazos en el piso, al igual que el aparato de televisión y todo lo demás que él había poseído. Repentinamente tuvo la sensación de que si no reía en ése momento moriría, literalmente lo sentía así, tenía ganas de reír a carcajadas, hasta morir. Pero se contuvo, sabía que si lo hacía sería su perdición. En eso estaba cuando Casanueva se acercaba a él.

- Buenas tardes, -lo saludó mientras se sentaba a su lado.- Tengo entendido que usted es Bruno Cervantes, el dueño del apartamento...¡bueh!, de lo que queda de él.

“Por lo visto - pensó Bruno - es de éstos gordos macanudos”. Otra vez sintió la risa dentro de él.- Si, efectivamente.- se oyó decir con una suave voz temblorosa producto de horas de ensayo.

Ahá...- los ojos del detective chispeaban vivaces tras los lentes de aumento que tenía puestos con el fin de facilitarle la lectura de los apuntes que tenía en su libretita de cuero negro.-..., bueno, según me han dicho, usted se libró de tres tipos armados que venían a robarle, ¿no?.- Bruno asintió dos veces.- Disculpe que le pregunte, ¿usted es una especie de “Duro de Matar”, o algo así?.

Bruno lo miró sorprendido.- No entiendo lo que me dice. Simplemente me sentí atacado y me defendí. Pienso que cualquiera habría hecho exactamente lo mismo.

El detective se rió con sólo una carcajada seca y corta. ¿¡Exactamente!?, lo que cualquiera habría hecho es morirse acribillado por estos locos. Si lo que contó es cierto, usted se libró de los tres sin siquiera tener un arma a su disposición, y cuando la tuvo porque se la sacó al primer sujeto, en lugar de dispararle a los otros, la usó como garrote en la boca del pobre tipo que está allá abajo.- se estaba acalorando.- ¡ Y luego..., y luego le rompió el cogote al tercer tipo que, oh casualidad, también estaba armado y no tuvo ni siquiera tiempo de disparar un solo tiro!, ¡¡un solo tiro!!.- Se calmó al ver que los otros oficiales lo estaban mirando y bajó la voz.- Sinceramente, me es difícilísimo creer que usted obró pura y simplemente por desesperación. Si es por mí, usted los mató a sabiendas de lo que estaba haciendo a cada momento, ¡a cada momento!.

Bruno sintió que era el momento adecuado para ponerse histérico. - ¡¡Qué carajos de mierda me puede llegar a importar lo que usted y todos sus alcahuetes crean!!.- se levantó mientras sentía la atención de todos los presentes, les dio la espalda y se dispuso a seguir increpando al detective, que lo miraba, más bien lo estudiaba con atención.-¡¡ El asunto acá es que tres tipos se metieron a mi casa, armados hasta los dientes, tratando de robarme o matarme y usted se pasa diciendo que yo soy el culpable, que no tengo derecho a defenderme!!.- gotas de saliva salían expelidas de su boca.- ¡¡Porqué mejor no se va a averiguar

quiénes mierda eran esos tipos y me deja en paz!!.- De improviso, dio un paso atrás y se puso las manos de forma que le cubrieran la cara en su totalidad. Quedó así unos segundos mientras los policías y peritos estaban mudos, expectantes sobre lo que vendría a continuación. Por el movimiento de los hombros, la gente presente se dio cuenta de que estaba llorando.- Oh, mierda. -se sentó de nuevo, pero en el sillón que estaba en frente del sofá.- Disculpen. – inspiró y exhaló un largo silbido de aire. Entrelazó las manos sobre las piernas y se quedó mirando el piso.- Supongo que es normal que desconfíe.

Casanueva se puso de pie y metió las manos en los bolsillos de su saco.- Supongo que irá a quedarse a algún hotel, mientras el seguro, ¿por qué está asegurado, no? - Bruno asintió con la expresión de perro mojado que había adoptado. – mientras el seguro viene a hacer el balance de pérdidas. Hágame el favor de dejarle al suboficial la dirección en la cual lo vamos a poder ubicar. - dio media vuelta para irse y se arrepintió, giró sobre sus talones nuevamente.- Y tiene razón... – Bruno levantó la cabeza con la pregunta implícita en la mirada... en que es normal que desconfíe.- Y se fue.

8

Bruno se instaló en un hotel céntrico a pasos de la Plaza del Entrevero llamado “América”. Se registró en la recepción y le dieron la habitación 602. Llevaba consigo sólo un bolso de gran tamaño en el que había ordenado unas cuantas prendas de su guardarropas, tomadas de apuro enfrente de tres policías que aún se hallaban en su departamento esperando que él se mandara mudar. También había tenido tiempo de retirar todo el contenido de la caja fuerte del placard, una buena cantidad de dinero y una pistola automática de quince tiros “Beretta” 9mm., cuando por fin salió de su departamento ya era noche cerrada. Esperó en el ascensor a que los agentes cerraran su casa y luego bajaron todos en el mismo viaje. No podría entrar a su hogar hasta que el gordito de Casanueva diera la orden. Cuando iba manejando en su auto, se acordó de que Eduardo dejaba estacionada su camioneta en un parking privado en la calle Colonia y hasta allí se dirigió para dejar su coche durante la noche y poder ver si el vehículo de él estaba ahí. Entró al lugar y pagó por una semana de estacionamiento. Se bajó de su auto y paseó la vista a su alrededor, no había signos de la camioneta por ningún lado. Se dirigió hacia la caseta donde se encontraba el sereno del lugar, un muchacho de unos veinticinco años que estaba estudiando algo de arquitectura, el cual levantó la cabeza y dejó el libro al ver que se acercaba. Bruno habló primero.

- Bueno, te pago, ¿cuánto es?.

El otro estudió una hoja plastificada que tenía clavada en la pared de su derecha. - A ver...,una semana son quinientos ochenta pesos.

- Vos sabes,- Bruno rebuscaba en sus bolsillos para encontrar el dinero.- este lugar me lo recomendó un conocido. Lo más probable es que vos lo ubiques, se llama Eduardo.- El muchacho no pareció pensarlo mucho y sacudió la cabeza en forma negativa. Bruno chasqueó la lengua.- ¡Cómo no!, mirá el loco es un rubio medio alto y anda en una camioneta de color verde-oscuro...

- ¡Ah sí!, pero yo no lo tengo por Eduardo. Se llama Sebastián Montes.

- Debe ser él, lo que pasa es que Eduardo es su segundo nombre.

- Seguramente. - Tomó, el dinero que Bruno le alcanzaba y lo depositó en el cajón de la mesita sobre la que tenía el libro. - ¿Quiere que le diga que usted estuvo acá?. - En el rostro del muchacho apareció una mirada suspicaz.

Bruno sonrió. - No le digas, que quede entre vos y yo.- Y le tendió un billete de quinientos que el muchacho tomó inmediatamente. - ¿Cómo es tu nombre?.

- Diego.

- Diego, nos vamos a entender.- Dicho esto Bruno se encaminó hasta Dieciocho de Julio para tomar un ómnibus que lo dejara en el hotel que él ya había elegido.

Recién había cerrado la puerta de la habitación cuando sonó el teléfono. Eduardo.

- ¿No tuvo muchas complicaciones, no?

- Si no tiene en cuenta que mañana a las nueve tengo que ir a la seccional para hacer la denuncia y que un gordo de la técnica no confía nada en mí, está todo bárbaro. Perdón, ¿me está siguiendo?.

- Así es, teníamos que saber adonde se ubicaría.

“Mierda, entonces me había visto en el estacionamiento” - Entonces sabe lo que hice.- Esperaba no tener que dar explicaciones.

- Ahá, de su casa al hotel.

- Exacto.- Otra cosa que averiguar. – Bien , nos vemos mañana. ¿A qué hora les viene bien?.

- Yo lo llamo.- y colgó.

Bruno hizo lo mismo , se dirigió al frigobar que estaba debajo del aparato de televisión y se sirvió un whisky con hielo. Se tiró sobre la cama y se dispuso a recapacitar en los sucesos del día, pero antes que se diera cuenta se quedó profundamente dormido. Se despertó sobresaltado, miró el reloj de la mesa de luz y vio que eran las tres y cuarto. Se quedó sentado en el borde de la cama con las manos tapándose el rostro; cicatrices de la profesión, cada vez que asesinaba a alguien le

pasaba esto, sin embargo ya estaba acostumbrado a sentirse enfermo en la noche inmediata de algún trabajo, como él pensaba “Algún castigo debo de tener, y si éste es no poder dormir a la noche lo acepto, además no es una cosa que se diga inaguantable tampoco”. Se levantó de la cama y abrió las persianas del cuarto y miró a lo lejos, mientras no mirara hacia abajo estaba todo bien , el Río de la Plata no se distinguía del cielo totalmente negro y sin estrellas. Era obvio que Eduardo no lo había seguido ni mandado seguir, ni siquiera sabía que estuvo en el estacionamiento, pero de alguna forma sabía que se había registrado en el hotel y en qué habitación. A la manera de ver de Bruno sólo había dos posibilidades, la primera que Eduardo hubiera estado en contacto con las computadoras de todos los hoteles del centro ya que era evidente que él no se iba a ir a un hotel de Carrasco o a alguno en las afueras, y la segunda, ésta mucho más probable, que los vigilantes del patrullero que lo vieron entrar de alguna forma se lo comunicaran. Después de todo, no podía olvidar que el patrón de Eduardo, no se podía acostumbrar a llamarlo por Santiago y era preferible así, tenía algo que ver con la política, y que un político conozca algún jerarca policial no es nada imposible.

A la mañana siguiente, todavía sin poder dormir , Bruno se presentó en la seccional a falta de ocho minutos para las nueve. La recepcionista que lo atendió le comunico que Casanueva lo estaba esperando y lo hizo subir al primer piso por la escalera. Salió al corredor, que a pesar de la hora todavía estaba desierto, y se encaminó hacia el final del mismo . Se detuvo frente a la puerta que rezaba “Esteban Casanueva Inspector jefe”, y un poco más abajo, como un pariente pobre, “División Técnica”. Golpeó.

- ¡¡¡Adelante!!!- vociferó la ya conocida voz del policía. Bruno empuñó el pestillo e ingresó a la oficina del inspector. Le sorprendió encontrarse con una oficina perfectamente arreglada y limpia. Sentado detrás de su escritorio Casanueva lo miraba con cara de pocos amigos, se veía que el hombre tampoco había dormido muy bien en la noche.

- Tome asiento.- le indicó una de las dos sillas que estaban dispuestas frente a su escritorio. Bruno obedeció.- ¿Quién mierda es usted?.

La pregunta lo sorprendió y Bruno vaciló antes de responder. - ¿A qué se refiere ahora?.

- Me refiero a que ayer de noche, más precisamente luego que usted se registrara en el hotel América...- Bruno alzó las cejas, el inspector asintió con la cabeza. - Sí..., lo hice seguir para que no se me perdiera de vista. Vuelvo a decirle, luego de que se registró me llamaron por teléfono, ¿no sabe nada?.

- Ni idea.- ¿A dónde quería llegar...?

- Bien. Anoche me llamaron y me pidieron “por favor”- hizo las comillas con dos dedos en el aire.- que lo dejara tranquilo si apreciaba en algo mi carrera. Y le digo más, la orden vino muy de arriba.- se restregó los ojos.- Me pregunto a quien mierda conoce.- Bruno estaba un poco sorprendido, no mucho.- Le voy a explicar una cosa, antes de que se vaya, yo soy un tipo bastante normal pero me pega en el forro de las bolas que alguien me diga lo que tengo que hacer en mi trabajo. No sé qué es lo que usted hace, pero le voy a decir una cosa, lo voy a averiguar. Y puede decírselo al que sea que lo está protegiendo. No se va a librar de mí tan fácil.

- ¿Puedo preguntar el por qué de este hostigamiento a mi persona?.- Tenía que averiguar hasta dónde pensaba llegar Casanueva.

El inspector se estudió un poco las uñas de su mano izquierda tranquilamente, tranquilidad que obviamente estaba representando. Al fin se decidió a contestar.- Mire, sinceramente. Lo que yo tenía pensado para éste momento era hacerle un par de preguntas, escucharlo, y dejarlo seguir con su vida. A fin de cuentas, usted se encontraba en su casa y, ¡qué mierda!, se defendió estupendamente. La verdad que incluso pensaba felicitarlo. Pero, como le dije, no me gusta nada que se metan en mi trabajo, y menos que me prepoteen. Así que lo tomo a usted como si me hubiera metido un cohete en el culo. Y siempre pensé que el que me hiciera eso se iba a terminar cosiendo su propio ojet

con sogas, así que ya sabe. Ande con cuidado. Y ahora mándese mudar.- Con un ademán de la mano le señaló la puerta.

Bruno se levantó y fue rumbo a la misma, luego de abrirla se dio vuelta y miró al inspector. - Usted no me conoce, ni yo a usted, sólo espero que si se va a meter conmigo tenga bastante cordura para abandonar antes de que le vaya peor que ahora.- Y salió de la oficina. Sabía que volverían a verse.

9

De regreso en el hotel, rebuscó entre los papeles que pudo sacar de su apartamento y encontró la dirección enfrente de la cual Eduardo se había detenido en la noche de su primer encuentro. En la zona del Parque de Villa Biarritz, mañana era sábado y podría ir a la feria que allí se desarrollaba y pasar por un paseante más, de esa forma evitaría las preguntas de por qué pasaba horas estacionado en un mismo lugar. Salió del hotel y caminó por Dieciocho de Julio unas cuadras, al llegar a Yaguarón dobló a mano izquierda y fue hacia Uruguay. Decidió comprar el diario para ver si había algo del incidente de su casa, se detuvo en un Kiosco y adquirió uno de los muchos periódicos que se encontraban sobre una mesadita. Para cualquiera que lo observara era simplemente un hombre común paseando tranquilamente y hojeando el diario, nadie diría que sus pasos se dirigían a un lugar preciso. Pero así era, había decidido alquilar un auto por la semana, no podía arriesgarse a volver al estacionamiento, por ahora no, por consiguiente debía tener un auto para movilizarse. Además le daba la ventaja de que nadie le conocería el nuevo vehículo, y eso, en este momento, era inapreciable.

Antes de llegar a la automotora elegida dio unos rodeos por las calles circundantes con el fin de asegurarse que estaba sólo; ya lo habían hecho seguir y no se había dado cuenta, tenía que estar más despierto. Mientras daba estas vueltas pensaba que era obvio que Eduardo se había enterado de todos sus movimientos por los agentes que Casanueva había dispuesto que lo siguieran. ¡Pobre tipo!, tratando de hacer su trabajo y sin saber que sus propios hombres tenían un santo de mayor devoción que él mismo.

Luego de asegurarse por enésima vez de que nadie lo seguía, penetró en la concesionaria de una marca conocida a nivel mundial de alquiler de autos. Lo recibió una mujer de unos treinta y cinco años, de apariencia agradable y profesional, lo invitó a sentarse.

En menos de veinte minutos ya se encontraba en la calle con una cómoda camioneta Subaru, roja de ésas que además de los asientos

tienen lugar para colocar cosas atrás. La había alquilado por dos semanas, y pagado por adelantado.

La estacionó a tres cuadras del hotel, donde ya no había que sacar ticket para poder dejar los autos y se encaminó rumbo al hotel. Ya en la recepción le entregaron un mensaje que había recibido cuando no se encontraba. La recepcionista, una mujer bastante rellena que, como casi todas las gorditas, era preciosa de cara le dijo que el señor que le había dejado el mensaje lo había buscado toda la mañana. Miró su reloj, casi el mediodía, sonrió divertido pensando que le iba a hacer pagar el almuerzo a alguien. Como había pensado, Eduardo lo llamó apenas ingresó en su habitación.

- Habla Eduardo.- siempre empezaba de igual forma las comunicaciones.

- Escuche, no me diga más su nombre, ya le conozco muy bien su voz. Antes que me diga nada, tengo que verlo para comunicarle un par de cositas que me pasaron hoy.

- Bien. ¿Qué le parece hoy de noche?.

- No, ahora, en el Bar Hispano. No puedo esperar.

- Pero no es conveniente que nos vean juntos.

- ¿Quién va a pensar que un asesino y su contratante van a arriesgarse a verse en un sitio tan público?. ¿O no sabe lo que se dice?, cuanto más a la vista es menos probable de que se note.

- Me parece una locura...-en cuanto oyó el tono de voz, Bruno supo que Eduardo accedería,-...pero si usted opina que es lo suficientemente seguro encontrarnos ahí nos vemos en...

- Diez minutos.- Colgó sin dejar responder a su interlocutor. Se quitó el saco y decidió bajar en mangas de camisa, era fines de octubre y ya se notaba que el verano esperaba entre bambalinas para hacer su entrada. Buscó los Ray-Ban y salió a la calle. En sí no había mucho que decirle a Eduardo, porque lo concerniente al inspector Casanueva lo podía manejar sólo perfectamente, pero tenía hambre y quería aprovechar para tratar de averiguar algunas cosas.

Entró al bar, que habitualmente era muy concurrido , y miró sin observar que casi las tres cuartas partes del local estaban ocupadas, los

empleados iban a tener un día agitado. Se acercó a la única mesa de las que se encontraban junto a las ventanas que aún no se habían ocupado, una mesa simple con sólo dos sillas, no era de las más cómodas pero le gustaba mirar a la gente ir y venir mientras comía. Se acomodó en la misma y uno de los mozos se le aproximó rápidamente, como veía que estaban atareados le hizo una seña de que estaba esperando a alguien, el hombre sonrió y fue a una mesa cercana donde dos viejas discutían acaloradamente sobre los devenires de la telenovela de la noche.

No había terminado de acomodarse cuando se movió la silla que tenía enfrente, levantó la cabeza y vio que Eduardo ya había llegado.

- Es rápido cuando quiere.

- Así es. Aunque, como le dije, no me gusta esta idea de que nos vean en un sitio público.

Bruno llamó al mozo.- Vamos a pedir y después hablamos.- El mozo se acercó y tomó la orden de los dos. Eduardo pidió un churrasco con ensalada y un refresco, Bruno, por su parte, ordenó una milanesa napolitana con guarnición y dos huevos fritos además de una tres cuartos. Tenía hambre y sed.

- Bien,- empezó Eduardo.- ¿Qué era lo que tenía que decirme?.

Esperaron a que el mozo sirviera medio vaso de la bebida correspondiente a cada uno y se fuera.- Primero que nada les tengo que agradecer a ustedes que me pusieran al inspector Casanueva como perro de presa detrás de mí.

Eduardo estaba perplejo.- No entiendo, se le advirtió claramente que lo dejara en paz.

- Mire, sinceramente, yo entiendo al pobre hombre. Se siente invadido y no le gusta, cuando ustedes quisieron hacer lo mismo conmigo terminaron con tres muertos, el tipo lo que ha hecho es enojarse.

- En cuanto a nuestros hombres ya le dije que fue para que usted se ganara el dinero.

- ¡Un carajo la plata!, según el acuerdo yo no tendría que correr riesgos físicos y eso vale más.

- No es una buena idea chantajearnos.

- No pienso hacerlo. La próxima vez, directamente te mato.

Eduardo apuró un trago de la coca.- Bien de acuerdo. Ahora, ¿precisa ayuda con Casanueva?.

- ¿Es de ustedes?.

- No.

- Entonces lo puedo manejar.- Miró para la calle, se había nublado. El mozo apareció con una bandeja con la comida. Bruno se frotó las manos. Eduardo lo miraba, estudiándolo. Se dedicaron a comer.

Luego de que dieran buena cuenta del almuerzo se recostaron en sus sillas, Eduardo prendió un cigarrillo y le ofreció a Bruno, éste aceptó. - Pensé que usted no fumaba.

- No lo hago, pero en éste momento me cae bien uno de éstos. - se encogió de hombros.- Tengo ganas, nada más.

- Está bien, supongo que todo este almuerzo no era para preguntarme de Casanueva y fumarme un cigarrillo. ¿Qué más quiere?.

Bruno lo miraba fijamente.- Quiero pedirle una lista de cosas para llevar a cabo el trabajo.

Eduardo dio un respingo.- ¿Aquí?.

Bruno sonrió.- ¿Está loco?, llámeme dentro de tres días, el lunes. Lo cité aquí por que tenía hambre.

- Está jugando con fuego.

- ¡Vamos!, ¿por un almuerzo?. No se enoje y no se olvide de llamarme.- Se levantó y se fue. Eduardo llamó al mozo y pagó la cuenta.

10

Cuando Eduardo salió a San José buscó a Bruno con la mirada, ni rastro, debía suponerlo. Bajó media cuadra por Río Negro rumbo al lugar donde había dejado estacionada su camioneta. Aún faltaban treinta minutos para que su ticket de autoparque venciera. Subió a la misma y, luego de darle unos pesos al morenito que le cuidó el vehículo, se puso en marcha. Fue hacia la rambla para dar un rodeo con el fin de asegurarse de que no era seguido; en el instante que se detenía en el semáforo inmediatamente anterior de llegar a su destino, un trueno retumbó en el cielo y una espesa cortina de agua se derrumbó sobre Montevideo. De igual forma dobló a su mano izquierda y partió, a una velocidad moderada, para la zona del Parque Rodó. Al llegar al parque dobló nuevamente de tal forma que pasó en frente de muchos de los juegos del mismo y de la pizzería Rodelu, siguió hasta adentrarse por Veintiuno de Setiembre. Al llegar a José Ellauri, la lluvia, tan repentina como llegó se detuvo. Siempre atento a cualquier movimiento sospechoso de algún vehículo a sus espaldas, no notó ninguno. En realidad Eduardo no era ningún improvisado en lo que hacía, y si se dejó ver por el guardia en el aeropuerto y se hizo el que no descubrió el Ford de Bruno en el parking donde él estacionaba su camioneta, era sólo para reforzar la seguridad que Bruno pudiera sentir. Cuanto más seguro él estuviera, más susceptible de ser dominado estaba. Por más que sabía que el tal Bruno no era ningún nene de pecho, la forma en que se había deshecho de tres asesinos profesionales y sus antecedentes lo demostraban, también sabía que sintiéndose a salvo era más probable que hiciera alguna estupidez. En todo caso, el destino del sujeto no estaba decidido aún. Luego de que cometiera el asesinato, recién en ese momento sabría que hacer con él. Su jefe y socios todavía no habían llegado a una conclusión a ese respecto.

11

El primer pensamiento de Bruno cuando salió del bar había sido el de seguir a Eduardo, pero inmediatamente cambió de idea cuando se daba cuenta de que sólo había tres lugares a los que el tipo podría dirigirse: su casa, el edificio Libertad y a la zona del Parque Biarritz. No tenía pensado dirigirse ni a la casa de Eduardo ni al Edificio Libertad y, como a la mañana siguiente iba a ir a la feria de Villa Biarritz, decidió que lo mejor era ir al América a dormir un rato y descansar para el día de mañana; además, esta noche tenía que tratar de ingresar a su casa para sacar unos micrófonos y otras cosas.

A eso de las once y media de la noche, Bruno estaba entrando a su edificio. Salió al pasillo del sexto piso y se encaminó hacia su puerta. Un guardia que se encontraba flanqueando la entrada lo reconoció y le abrió la puerta del apartamento. Un poco sorprendido de que la cosa fuera tan fácil, penetró en su casa. Estaba igual de desordenada que hace unas noches cuando la dejó. Fue a la cocina, accionó el interruptor de luz y ésta se llenó de esa luz sin vida que emiten las tubos. Abrió la heladera y no pudo menos que sonreír, los policías habían dado buena cuenta de todo lo que hubo una vez en ella y no se habían preocupado por llenarla de nuevo. “Ventajas de la profesión”, pensó.

- ¿Está todo en orden?.- El agente que estaba en la puerta había entrado silenciosamente en la cocina.

Decidió hacerse el amable.- Si, todo bien. A propósito, ¿era rica la comida? - señalaba el vacío interior de la heladera, que lo miraba con la boca abierta, como esperando que algún alma caritativa lo volviera a surtir.

El guardia se sonrojó, asintió y se fue de nuevo a su puesto. Después de oír la puerta de el frente cerrarse; ésta protestaba al moverse, se ve que el cerrajero que la puso de nuevo en su lugar se había olvidado de engrasar las bisagras; metió hasta la mitad de su torso dentro de la heladera y, con sumo cuidado, destornilló los cuatro diminutos tornillos que sujetaban una plancha de fibra de vidrio blanca que estaba

en la pared de atrás. Sin prisa, pero sin pausa, sujetó la plancha mientras depositaba cuidadosamente las minúsculas piezas contra el suelo de la heladera, sobre un plato que en su momento sostenía unas porciones de postre borracho, luego dirigió su atención a la planchita. La retiró suavemente, acto seguido usó un pequeño alicate para cortar el alambre que estaba enganchado a una de las puntas de la pieza de fibra, si no lo hacía el alambre que provenía de las entrañas del motor de la heladera le hubiera puesto en contacto con un golpe bastante fuerte de dos veinte. Luego deslizó su mano por la abertura y sacó un juego de llaves de candado y se la guardó en el bolsillo. Cuando salió de su apartamento llevaba un bolso con ropa de su placard, en realidad la necesitaba. Saludó con la cabeza al guardia y se marchó. Sabía que Casanueva iba a ser informado a primera hora de mañana de su visita, pero ya había arreglado la heladera y conectado de nuevo el cable de contacto, además el agente le comunicaría que él había salido del lugar con un bolso grande. Se rió, cuando Casanueva le preguntara al guardia si había revisado el bolso éste iba a tener que hacer uso de toda su capacidad actuarial para mentirle e inventarle lo que se podía haber llevado.

Subió a la camioneta y se dirigió hasta el obelisco, torció a la derecha por Bulevar Artigas y siguió recto hasta Avenida Brasil, en la Plaza Varela dobló nuevamente, ésta vez a su izquierda hasta llegar a la calle Libertad, allí dobló para dirigirse al Club Bohemios. Podría haber usado un camino más corto, pero a él le gustaba el pasear por la zona donde había vivido alguna vez.

Una vez adentro del club, se dirigió al primer piso subiendo las escaleras que lo llevarían a la cantina de la institución. Esa noche, más temprano, había tenido lugar un partido por el federal de segunda, y como Bohemios había ganado, el gentío era bastante y la alegría también.

Héctor, el cantinero lo conoció en seguida.- ¡Bruno, viejo! - se dieron la mano. - ¿Qué te trae por acá, viste que partido, no?.

- No, Hector. Realmente recién llego, así que estuvo bueno según veo.

No te imaginás la paliza que le dimos a esos hijos de puta,- Trouville.- les ganamos por veintitrés puntos. El loco anduvo diez puntos. - El "loco" era el hijo de Héctor y jugaba de suplente en el club.

Bruno rió.- ¿Así que lo dejaron entrar?.

- Hoy ni tus jodas me afectan. ¿Qué te sirvo?.

- Dame una coca.- Esperó mientras lo servían.- Ché, tengo que sacar una cosa de los casilleros, ¿no me das las llaves de los vestuarios?.

- Están abiertos, hay algunos jugadores bañándose. Metete y hacé lo tuyo tranquilo. - Bruno apuró el refresco y le pagó al cantinero.

- Bueno, Héctor, cuidate.- El otro no había terminado de hacerle adiós con la mano cuando ya se encontraba sirviendo chopps directos a otros hinchas que se encontraban festejando.

Bruno salió de la cantina por la puerta que daba a dar a la cancha de básquetbol. Bajó por la tribuna con seguridad y, una vez que estuvo al nivel del rectángulo de juego, entró por el túnel que era el que desembocaba en los vestuarios. El portero, un viejo de apellido Pirya, lo reconoció y lo saludó con un leve cabeceo. Ingresó en la parte de los casilleros y fue hasta la última fila de los mismos. Los pocos jugadores que quedaban ya habían terminado de bañarse y se estaban emperifollándose frente al alargado espejo que había sobre los lavabos. Tenía que apurarse un poco. Llegó hasta el final del corredor y entró por otro corredorcito cuyas paredes eran casilleros, tres filas de altura de casilleros del tamaño de un botiquín de baño. Se enfrentó al casillero setenta y cuatro, que era el suyo, rebuscó en su bolsillo y sacó el manojito de llavecitas, las observó una a una haciéndolas rotar entre sus dedos pulgar e índice y finalmente eligió una. Abrió el candado y sacó del casillero una mochila de ésas del ejército, se la colgó al hombro y al salir le avisó a Pirya que su casillero quedaba libre, que se lo podía dar a cualquier otro socio.

Antes de acostarse en su cama del hotel pidió que lo despertaran a las ocho de la mañana. Después de pegarse un baño, se dedicó a sacar aparatos de la mochila. Los dispuso todos sobre su cama y estudió cuáles eran los que le podían servir para el día de mañana. Eran micrófonos de muy pequeño tamaño que él había ido reservando de misiones

anteriores en las cuáles los había encargado sin usarlos finalmente. Con el correr de los años y los trabajos había logrado acumular una colección bastante impresionante. Se decidió por unos tres de minúsculo tamaño que iban adosados a la “segunda pared”, así se conocía a una operación que realizaban los que “chivateaban” una habitación que consistía en abrir un pequeño agujero en la pared, como el micrófono era menos del tamaño de una uña obviamente el agujero no era muy grande y luego ese huequito se rellenaba con una goma especial que se endurecía para quedar igual que cualquier material del cual la pared estuviera hecha, lo único que había que tener cuidado era de dejar la antena, algo parecido a un cabello canoso, afuera de la goma para que pudiera transmitir. Luego se inclinó por unos receptores-transmisores que eran exactamente iguales a las fichas que se encontraban dentro del tubo de los teléfonos de tal forma que si, incluso un experto, revisaba el tubo nunca encontraría nada raro. Además para colocar los artefactos éstos había que retirar las fichas originales, de tal modo que además de servir como espías servían para hacer funcionar la comunicación diaria y normal de un aparato telefónico. Decidió llevar cinco de los micrófonos y tres de los receptores-transmisores. Inmediatamente después de hecha la elección se acostó para dormir un poco.

12

El sábado amaneció un día perfecto, es decir, perfecto para los gustos personales de Bruno. Estaba fresco, no mucho y nublado. A pesar de que no era uno de esos días ideales en los que los feriantes se frotan las manos pensando en la gran posibilidad de vender mucho igualmente todos ellos estaban al pie del cañón, prontos para enfrentar otro sábado más. La actividad en la feria empieza temprano, mucho antes de que los vecinos de esa zona empiecen su diario trajinar. Las camionetas se agolpan sobre todas las calles que se entrecruzan en el parque y su contorno e inmediatamente los vendedores empiezan a trabajar armando los stands y acomodando la mercadería. A eso de las ocho y media ya está casi todo listo, a excepción de algunos pocos que siempre arman ya cuando el gentío recorre los puestos.

Eran las nueve pasadas cuando Bruno estacionó su camioneta a unas cuadras de la feria sobre Ellauri. Había puesto los implementos electrónicos en una pequeña valijita de cuero. Vestido de vaqueros, zapatillas deportivas nuevas y una camisa de color negro con una remera blanca asomándole por el cuello parecía otro habitante de esa zona paseando por la feria. A pesar de que a la feria iba gente de toda Montevideo, esa zona era de personas bastante solventes y Bruno no quería desentonar. Como siempre, cada vez que pasaba por delante de alguna mujer o chica, se sentía admirado, y eso le gustaba; después de todo, nadie se siente mal con que lo adulen un poco. Hubo una rubia en particular que le llamó la atención pero decidió no complicar la cosa, en todo caso después la buscaría. Como todos los sábados el lugar era un hervidero de gente, a pesar del día, y a Bruno no le costó mucho trabajo desaparecer entre la multitud.

Aprovechó para pasear un poco pero nunca se apartó de modo que no pudiera ver el edificio en cuestión. Era una construcción no muy nueva que se erguía en una esquina sobre Leyenda Patria y, que según los datos que obraban en su poder, era uno de los lugares donde Eduardo se había detenido. Luego de un rato de andar por ahí cruzó la calle y

fue hasta el portero eléctrico a ver si tenía suerte y podía relacionar algún nombre. Se acercó a la puerta de entrada del edificio y miró los nombres de sus inquilinos. Al observar el 403 se le atenazó la garganta y se sintió realmente mal, si alguien lo hubiera observado en este momento tendría la convicción de que estaba ante un hombre que sufría un ataque cardíaco; le vinieron a la mente las palabras de Eduardo “esto es mucho más grande de lo que usted se imagina...”, en aquel momento pensó que sólo eran fanfarronadas, pero ahora le creía, ¡vaya si le creía!. El nombre en el portero eléctrico era el de Edmundo Loureiro actual vicepresidente de la nación y, obviamente próximo presidente.

Dio unos pasos hacia atrás y trató de recomponerse, respiró ávidamente y, cuando se sintió capaz de caminar sin que le temblaran las piernas se dirigió rumbo a su camioneta.

Una vez dentro cerró con un fuerte golpe la portezuela y apretó sus manos entre las piernas. “Vaya profesional, menos mal que ninguno de mis empleadores sabe que estuve a punto de derrumbarme por una sorpresa de éstas...”, golpeó el volante de la Subaru y lo asió con fuerza, los nudillos estaban blancos por el efecto de la presión a la que estaban sometidos.- La puta que los parió...- hablaba en voz apenas audible.- ...¿qué mierda hago ahora?. Necesitaba pensar, necesitaba tiempo, tiempo que no tenía. Había violado una de sus reglas personales: se había apurado. Se obligó a relajarse, de a poco la presión iba disminuyendo. “Si al menos hubiera esperado para decirle a Eduardo que ésta semana le pedía los implementos necesarios para matar a Espinoza...- detuvo su pensamiento bruscamente. -...un momento, ¿de qué me amargo?, ¿de que el contratante sea el vice?, ¿y a mí que me importa?.- ya estaba volviendo a ser el mismo. – Lo único que va a cambiar es que en lugar de espionar a un tipo cualquiera, voy a tener que espionar al V.P., después de todo es él el que quiere asesinar a Espinoza”. Sonreía cuando encendió la Subaru para ir hacia la casa de Loureiro. “Me voy a tener que asegurar que después de que yo mate al presidente me dejen tranquilo, a éste tipo de gente no le interesa dejar un crimen de éstos impune. Para el presidente entrante sería un empujón bárbaro

decir que atrapó al asesino; y a mí, ¿quién me creería?”. Ya tenía su decisión tomada, y como seguramente iba a tener argumentos para que lo dejaran tranquilo no se preocupaba demasiado por su futuro, lo único se acordaba en éste momento era que ya tenía un millón de dólares extra en su cuenta y que pronto habría más. Después de todo él era un tipo ambicioso.

13

Era ya de noche cuando llegó a su habitación del hotel. Lo increíble de vivir en un país democrático y pacífico como éste era que la gente como él, o más bien, los de su profesión, tenían vía libre para entrar a la casa de un vicepresidente. Bueno, no era simplemente entrar, había que esperar que no hubiera nadie y desactivar las alarmas, pero después de eso, era pan comido.

Había esperado cerca de tres horas para ver salir al señor Loureiro con su esposa. Se habían subido a su auto y partieron rumbo a una recepción en la Residencia de Suárez, lo había escuchado por la radio, inmediatamente detrás de ellos iban dos camionetas, en una había alcanzado a distinguir a Eduardo. Se bajó de la Subaru y fue hasta la puerta del edificio y tocó en uno de los botones del portero eléctrico, Flia. Vasconcelos rezaba el cartelito de plástico blanco, le respondió una voz de mujer.

- ¿Quién es?.

Pensó un instante.- Si, buen día. Tengo una encomienda para usted. Soy del correo.

- ¿Del correo?, ¿de dónde es la encomienda?.

“Esta gente está bastante despierta.”- De Portugal.

- Me extraña, porque no conozco a nadie de Portugal.

- Disculpe, pero, ¿ahí no es la familia...- hizo una pausa como si leyera la encomienda mientras buscaba otro apellido en el portero. - ...Llamares?.

- No, esta llamando en un apartamento equivocado.- colgó el tubo. Bruno se encogió de hombros y apretó el botón de la Flía. Llamares.

- ¿Siii.?- Una voz de nenita.

- Hola, te traigo una encomienda, soy de Tiempost.

- ¿Viene de Francia?, porque papá está en Francia.

Suspiró, ya estaba adentro.- Sí, de Francia.- Empujó la puerta cuando ésta hizo el zumbido habitual que indicaba que estaba abierta.

Cuando dio dos pasos en el hall se dio cuenta que había un portero medio escondido entre las plantas que allí había. Lo saludó con un cabezazo, pensando que el tipo le iba a preguntar a donde iba. Pero el sujeto no le dio importancia, respondió el saludo y se volvió a enfrascar en la lectura de la sección deportiva de el diario que tenía enfrente.

El ascensor se detuvo en el cuarto piso, suavemente las puertas automáticas se abrieron dejándole el paso hacia un corredor alfombrado. Miró la puerta que tenía enfrente, 404, y fue hasta la curva que el corredor hacía a mano derecha, y ahí estaba la 403. Extrañado, miró por el corredor de nuevo y pudo constatar que sólo había dos apartamentos por piso, “¿Y el 401 y 402.?, se ve que no existen.”. Se dedicó a lo que había subido y sacó de su bolsito un aparato que a primera vista parecía una radio de bolsillo, la abrió y quedó al descubierto un sofisticado mecanismo de detección de alarmas. Lo pasó por el marco de la puerta y un medidor que tenía dentro pasó del verde al rojo y volvió al verde. Por lo visto la alarma estaba conectada sólo a la cerradura. Apretó un minúsculo botón en el frente del aparato y colocó la antena de la “pseudo-radio” tocando entre el marco y la puerta a la altura de la cerradura. Esperó unos segundos y la luz color roja se volvió verde, la alarma estaba desconectada. A continuación, después de guardar la radio, retiró de un bolsillo de su pantalón una llave que había conseguido con un cerrajero amigo, era de un material maleable, no muy conocido y no muy legal, al introducirla en la ranura ésta tomaba la forma de la cerradura y podía, en los paleles, abrir cualquier tipo de puerta.

Una vez adentro se dedicó sin perdida de tiempo a la colocación de los micrófonos que llevaba. Los que iban escondidos en la pared los dispuso de la siguiente forma: uno en la cocina, otro en el cuarto de baño (uno no sabía si no le gustaba hablar por celular desde una posición cómoda sobre el trono.), otro en el dormitorio, otro en la sala de estar y el último en el cuarto que Loureiro había escogido para usar como oficina privada. Los micrófonos para los teléfonos los había puesto en los aparatos que Bruno consideraba que eran los que más probabilidad tenían de que por ellos se hablara sobre algún tópico del

asunto que a él le interesaba: el de la oficina, el de la sala y uno que tenía Loureiro en la cabecera de la cama. En total toda la operación le llevó cuarenta y cinco minutos.

En seguida salió, cerrando la puerta tras de él, y se dirigió a la zona de la ciudad vieja. Por la calle Piedras estacionó su Subaru y entró en un destartado edificio que allí se erguía. Sabía que estaba vigilando sólo una parte de la actividad de Loureiro, pues no tenía forma de saber lo que se hablaba en su despacho privado, pero igualmente consideraba que podía tener bastantes probabilidades de conseguir algo que, en la eventualidad de verse en problemas, le serviría como seguro. Ya dentro del edificio subió por las escaleras hasta el tercer y último piso y fue hasta el final del pasillo. Entró en la habitación que él tenía alquilada hacía varios años y prendió la luz. Como la habitación tenía ventanas, una en realidad ya que la otra era sólo una abertura taponada con un vidrio opaco, que daban al patio que estaba en el medio de la construcción a mitad de la tarde ya estaba prácticamente a oscuras. El amoblado del cuarto consistía únicamente de una mesa sobre la cual había una computadora que era una copia exacta de la que le habían hecho pedazos en su casa el día del ataque y un cómodo sillón de cuero que había tenido épocas mejores. Se puso a trabajar con las frecuencias de los micrófonos que había colocado y luego dejó la computadora programada para activarse con la voz de Loureiro, en el caso de los micrófonos de los teléfonos, y, en el caso de los otros que dejó embutidos en las paredes, los dejó programados para que se activaran con la mención de una serie de palabras como Espinoza, atentado, Bruno y otras que tuvieran directa relación con el asesinato.

14

En los días siguientes Bruno no realizó ningún tipo de contacto con Eduardo, a pesar de que éste lo había tratado de localizar insistentemente. Había decidido no hacer movimiento alguno hasta tener alguna novedad sobre Loureiro. Salía del hotel únicamente para ir a su escondrijo de la Ciudad Vieja; y eso luego de una concienzuda revisión de la calle del hotel y varias vueltas con el propósito de asegurarse que nadie lo siguiera. Hasta el momento no había tenido ninguna noticia al respecto.

Fue un Lunes al mediodía. Estaba almorzando en el restaurant del hotel cuando lo saludó una conocida voz.

- Buenos días y buen provecho, Señor Cervantes.- El inspector Casanueva.- ¿Le molesta si lo acompaño.?- Sin esperar la contestación, acomodó su pesada humanidad en la silla de enfrente a Bruno.

- Tome asiento, ¿se va a servir algo.?

El otro negó con la cabeza.- No, muy amable. Recién comí. Supongo que le interesará el motivo de mi visita.

- Ahora que lo menciona.

- Bien, le cuento. Las tres personas que usted mató; en defensa propia, obviamente;- ya empezaba con las indirectas.- no, primero le digo que ya puede volver a su departamento. ¿Contento.?

- Ya era hora, gracias por el aviso. ¿Qué pasaba con las personas que me atacaron.?

- Se sorprenderá al saber que usted no las mató.- Sonrió cuando vio la mirada en la cara de Bruno.

- ¿Y cómo es eso.?- El tenedor cubierto de tallarines con tuco se había detenido a mitad de camino entre el plato y la boca.

- Bueno, ni yo mismo lo entiendo, pero al parecer éstas tres personas habían muerto a finales de los Ochenta en un accidente de carretera. Por lo menos así consta en sus registros, y, sinceramente, dudo que hayan resucitado imprevistamente sólo para ir a su apartamento a atacarlo. Así que por lo que a la policía respecta usted no mató a nadie.

Aunque, por supuesto, no nos podemos olvidar de el hecho que usted los...- pensaba. - ...remató, ¿me entiende.?

- Si, claro. ¿Pero cómo es que ya estaban dados por muertos.?, digo, es imposible que haya sido un error. Tremenda casualidad que los tres tipos que fueron a matarme hayan sido justamente tres errores de sea quien sea que identifica los cuerpos.

- Seguro, ya había pensado en eso. La única conclusión a la que llegué fue que alguien que los quería usar para este tipo de cosas, asesinatos y eso, no les servía que fueran tipos rastreables. Lo que me llevó a otra conclusión...

- Usted es todo un Sherlock, ¿eh?.

- En lo posible no me interrumpa cuando hablo. ¿Dónde iba?, ¡ah, sí!, la otra conclusión a la que llegué fue que usted le había roto las bolas a alguien equivocado y, además, muy poderoso. ¿Tiene algo que decir.?

Bruno sorbió lentamente un trago de vino de su copa y luego de depositarla nuevamente en la mesa contestó: - A decir verdad, odio interrumpir cuando una inteligencia superior me está brindando algo de su sabiduría.

Casanueva estaba colorado de rabia, pero repentinamente se calmó. - Como sea, supondrá que tuve que investigarlo para ver si había tenido algún antecedente de ésta clase, es decir, contra alguien de ésta clase, ¿entiende?.

- Creo que está de más decir que aprovechó y se puso a averiguarme toda la vida, no sólo lo relacionado a éste caso, ¿o me equivoco.?

Le tocó el turno a Casanueva de sonreír. - ¿Sabe lo que pasa?, tengo que averiguar todo lo que pueda, imagínese lo que pasaría si yo dejo pasar cualquier cosa, por muy estúpida que pareciera, y resulta que es exactamente ésa cosa lo que me da lo que estoy buscando.

- Lo entiendo. Dígame, ¿encontró algo.?

Antes de que respondiera Bruno supo que no había logrado encontrar nada. - Le alegrará saber que su historial es impecable.

Bruno le agradeció con un movimiento de cabeza. – Siempre es bueno saberlo...

CONTINUARA

(PROXIMAMENTE EN ELALEPH.COM)